

## PRECIOS DE SUSCRICION.

## EN MADRID.

Un mes. . . . . 4 rs.  
Tres meses. . . . . 11

## EN PROVINCIAS.

Tres meses, en la administracion. . . 14  
Seis meses, en la misma. . . . . 26  
Tres meses, por comisionado. . . . 15  
Seis meses, por comisionado. . . . 28  
ESTRANJERO: tres meses. . . . . 30  
ULTRAMAR: seis meses. . . . . 3 pfs



## SE SUSCRIBE:

En Madrid, en la administracion, calle de la Ballesta, núm. 6, y en las principales librerías.  
En provincias, por medio de carta franca á la administracion, ó en las casas de los comisionados de FIGARO.  
En el extranjero y Ultramar, en las principales librerías.

## SE PUBLICA:

Los Martes y los Viérnes.

## ADMINISTRACION Y REDACCION.

Calle de la Ballesta, núm. 6.

No se sirve suscripcion alguna cuyo importe no se reciba con el aviso en libranzas ó sellos.  
La correspondencia, al director de FIGARO.

# FIGARO

PERIÓDICO CRÍTICO FESTIVO.

## CONVERSACIONES LITERARIAS.

## EL TEATRO.

Público, mira que te dan forraje.  
(RUIZ AGUILERA.)

Afeito de tiempo atrás á varios autores dramáticos y á media docena de comediantes, porque yo no me puedo acostumar á llamarlos *actores*, *artistas*, ni siquiera *comicos*: comediantes los llamaba mi abuelo; comediantes los llamaba mi padre, y comediantes se llamaron ellos mismos, cuando formaban compañías y no empresas, y no tenían cruces de Isabel la Católica y de Carlos III, aunque no era caminar la senda del Calvario el escucharles en la representacion de una comedia, ya de Gorostiza el bueno, ya de D. Leandro Moratin, ya, en posteriores tiempos, de D. Manuel Breton, de D. Angel Saavedra ó de D. Francisco Martinez de la Rosa. Entonces no vestian terciopelo y oro, y les nombrábamos la señora Rita Luna y el señor Isidoro á secas; pero conmovian poderosísimamente al auditorio, levantaban á las nubes la comedia y el autor, y no dejaban que el arte dramático se consumiera, como hoy, an'es le alentaban y fortalecian con su ingenio raro y peregrino.

Pero esto no es del caso: digo que yo hago la barba á unos cuantos escritores dramáticos, y á media docena de comediantes.

Pues, en estos dias, tuve con uno de los primeros un rato de conversacion, con cuyo relato voy á entretener á ustedes, si ustedes me lo permiten.

—¿Sabe Vd., le dije, señor X., que anda perdido el teatro? ¿Qué comedias se representan? ¿Qué autores de punta, salvo Vd., se dan á luz en estos tiempos? ¿Qué comediantes salen del Conservatorio ó de los teatros de aficion? Yo nada veo que pueda compararse á lo que vi allá, cuando no habia escuela de declamacion, ni decreto orgánico de teatros, ni compañías privilegiadas, ni tanto por ciento de derechos para el autor, ni el aparato se llamaba *escenografía*, ni existian otra porcion de zarandajas, que ahora hay, y que maldita lá ventaja que de ellas reporta, en mi pobrejuicio, el arte.

—Ahí tiene Vd. lo que es no entenderlo, FIGARO amigo, me contestó. Usted tiene rellenos los sesos del recuerdo de su Concepcion Rodriguez, su Caprara, su Guzman, su Latorre, su Luna, y aun sus Valero y Romea, por lo que hace á los artistas; y por lo que toca á los poetas, no hay quien le quite de la cabeza media docena de nombres de autores, á quienes yo respeto, y de los que unos viven, mientras que pasaron á mejor vida los otros.

—Y así es la verdad.

—Pues conviene que Vd. se desengañe, si ha de seguir escribiendo para el público. Usted habrá sabido por los periódicos políticos que la sociedad humana progresa siempre, en todo, lo mismo en eso que se dice las ciencias sociales, que en el arte; y es casi merecedor de una albarda el que otra cosa crea. Lo que se escribe en letras de

molde, y por tan autorizadas personas como son los publicistas de *folletas*, que así llamamos ahora, de pocos dias á esta parte, á los papeles periódicos, no puede sino ser gran verdad. El teatro, pues, adelanta como todo.

—Libreme Dios, señor X., de negar el progreso; pero en el teatro....

—Oígame Vd., FIGARO, y le explicaré los adelantos del teatro.

—Ya escucho

Y mi autor dramático comenzó:

—¿Qué eran las decoraciones, los trajes, el mobiliario de los teatros, la *mise en scene*, en los tiempos que usted aplaude? Nada. En cada tablado habia una decoracion de bosque para las escenas de traiciones y conjurados; una de salon de columnas, que servia para los palacios reales y para casa de todas las familias decentes; una de casa blanca ó pobre, para que se retirasen á ella todas las doncellas perseguidas por el traidor; una de calle para los sainetes, y otra de jardin para los bailes y las escenas de amores. Trajes, ya Vd. sabe lo que decia su tocayo allá por el año de treinta y tantos: la trusa para los antiguos; el sayo para los villanos; el colete para las comedias de capa y espada, y la *federica* ó la chupa para las de figuron y la saineteria. ¿Era aquello el arte? ¿Era aquello la declamacion? ¿Habia allí propiedad? ¿Podia haber allí ilusion en los espectadores?

Hoy, por el contrario, una empresa gasta sus buenos esos duros en presentar las obras con decencia, con lujo, si lujo es preciso, con exactitud siempre; y los actores visten.... en fin, ya ha visto Vd. qué dineral se gastan en los trajes cada dia: aunque sea una pastora de vacas ó de puercos, su saya de seda, zapato de charol, media bordada y corpiño de terciopelo no ha de faltarle; pues si es señora principal, ó titulada, ó reina, el brocado y las perlas son de cajon. Y ellos, ¿qué ferretuelo menos que de terciopelo bordado pueden sacar á la escena para hacer el *Quepelo* de Florentino Sanz, ó *El hombre pobre* de Calderon?

Pues vamos ahora á las comedias. ¿Qué hacian esos autores que á Vd. se le ha metido en la mollera que fueron mejores que los de hoy en dia? Describir la pasion, pintar grandes caracteres, poner de relieve los móviles de las grandes alternativas y de los grandes sucesos de la vida social de un pueblo, de una época, ó simplemente de un personaje, histórico ó imaginario. ¿Y cómo hacian esto? Levantando hasta las nubes, en prosa ó verso, los acontecimientos, recargándolos con descripciones grandiosas, con imágenes soberbias, que impresionaban, es cierto, al público, y le hacian sentir, y llorar, y qué sé yo que mas; pero en todo aquello no habia una palabra de realidad. Hoy, la sociedad se retrata como es, sin ocultar nada á los ojos del vulgo; y como la sociedad, ó es puro vicio, ó no es nada, de aquí que las comedias tengan uno de dos as-

pectos: el de la sencillez estremada, ó el de la estremada maldad; y de aquí tambien eso que Vds. los antiguos llaman por mofa realismo.

—Es decir, repuse yo, que hoy al arte escénico, propiamente dicho, se halla constituido por los trajes y las decoraciones; y las letras dramáticas son la pintura de la sociedad ébria de picardias, ó de la sociedad indiferente y prosaica! Yo, sin embargo, tenia entendido (rarezas mías sin duda alguna) que, dentro de esa misma sociedad, y dentro de esas mismas letras dramáticas, caben perfectamente la descripcion y estudio de las grandes pasiones y de los tipos grotescos que no puede menos de haber en el mundo moderno. Creia yo que el hombre es siempre el mismo; que siempre se halla agitado de iguales sensaciones, que varían aparentemente, conforme á las costumbres y á los diversos grados de moralidad pública y privada de la época en que vive. Por lo visto, Vds. lo comprenden y aprecian de otra manera.

—Sí, amigo FIGARO, sí; lo entendemos de otro modo, me replicó el autor dramático.

—Y aun por eso sin duda, me atreví á decirle, el público se entusiasmó con la representacion de *El tanto por ciento*, *Venganza catalana* y *El Drama nuevo*, obras que no obedecen á esos principios que Vd., señor X., dice que son los de la Talia moderna; porque al cabo, como el vulgo es necio.... Y para que vea Vd. lo que son las cosas, yo aplaudi, como se suele decir, á rabiarse esas tres obras, y acaso no seria por su mérito literario, ni por su ejecucion, que me pareció detestable, sino por el lujo de las decoraciones y la propiedad de los trajes.

—Seguramente, querido FIGARO.

—Y dígame Vd., (aunque sea demasiada libertad), señor X. ¿Cómo se compone Vd. para crear esas magníficas obras que da á la escena?

—De una manera muy sencilla.

—Vamos á ver.

—Tomo, y me digo: ¿qué galan y que dama hay en el teatro de....tal?—Fulano y Zutanita.—A Fulano gustan siempre los papeles interesantes, de jóven perseguido, virtuoso, molesto, honrado: pues Fulano hará de victima en la comedia, aunque luego haya de quedar triunfante para decir la moralejita antes de caer el telon en el tercer acto. Es verdad que Fulano tiene cara de hereje, y que su hablar atropellado mas la asemeja á traidor de melodrama que á cosa buena; pero como él es el empresario, hay que tenerle contento para que no me rechace el drama.

Zutanita, aunque ya no es jóven, y está tan gruesa que cuando se lleva la mano derecha al corazon se queda en la mitad del camino, gusta de hacer de niña sentimental y enamorada; pues la enamoraré de Fulano, que es

la víctima, y ya tengo los personajes interesantes de la obra.

Añado un tío avaro, otra mujer cualquiera y un amigo impertinente para Menganito, que la echa de calavera y es hermano del empresario, y ya queda completo el personal.

Recuerdo las decoraciones de efecto que tiene el teatro: un jardín con arriates de flores, verja al foro, pabellón a la izquierda; un saloncito con muebles de mucho lujo, araña, chimenea y demás; un valle con montañas, árboles en el centro y cascadas, en fin, lo mejor que se encuentre en el almacén, si no tengo favor para que me pinten lo que yo pida; y con los actores, las escenas, un poco que tomo de aquí, otro poco que tomo de allá, cuatro frases de Sardou, otras cuatro de Feuillet, ó de Augier, ó de cualquiera realista francés, cate Vd., Figaro amigo, la comedia hecha.

—Pero el asunto....

—Asunto, el de todas: dos que se quieren; un tercero que quiere á ella y una cuarta que quiere á él; un amigo que todo lo enreda; la casualidad que todo lo desenreda y.....

No quise escuchar mas, y dejé á mi parroquiano escritor para ir á limpiar la cara de uno de mis parroquianos comediantes.

## LAS REVISTAS CRITICAS.

Cierto día del año 1848, cuando la capital de Francia no pensaba mas que en el derecho á la asistencia y en los talleres nacionales; uno de los pontífices de la democracia, iniciador de Jorge Sand en las cavernosidades y laberintos de la filosofía humanitaria y cosmopolita, Pierre Leroux, se presentó, con un cartapacio mas que mediano bajo el brazo, al director de una de las Revistas mas antiguas y acreditadas de allende el Pirineo. Cogió aquel el manuscrito, que se le ofrecia sin mas condicion que la de publicarle en uno de los primeros números de su periódico, dió una ojeada al título, y viéndolo escrito Dios, devolvió el mamotreto al autor diciendo:

—Siento no poder complacer á Vd.; pero Dios no es de actualidad.

No se crea por eso que el director de la Revista era un impio. Por el contrario, quizá la causa íntima de rechazar el artículo consistía en la poca confianza que le inspiraba Mr. Pierre Leroux en materia de teodicea; lo que quiso espresar con aquellas palabras era, que entre el libro y la Revista existe una gran diferencia; y que la última, por lo que tiene de periódico, está sometida á la ley que rige los escritos de un día, á la *actualidad*.

La *actualidad* es, en efecto, una divinidad inexorable, que se venga del periódico que no la rinde culto, convirtiéndolo en parte integrante del tapete de los gabinetes de lectura, y apartando de los parajes en que está venal á todo el que es capaz de la intencion de comprarle. El

escaso éxito de no pocas publicaciones periódicas, muy doctas y no mal escritas algunas, que hemos conocido, no puede atribuirse mas que al rencor de esa divinidad ofendida.

*Actualidad* significa la obligacion impuesta á todo periódico de no tener voluntad propia en la eleccion de materias; ó, por lo menos, la de sacrificar el orden y la forma en que le agradaría tratarlas á las exigencias y caprichos del público á quien se dirige.

Un periódico, diario ó quincenal, es libre para tratar de ideas y de hechos, si bien mezclando estos ingredientes en cantidades diversas, puesto que los últimos son mas propios de un diario destinado á servir al público, mas bien que á dirigirle; pero, ya se ocupe en el examen de ideas, ya en la narracion de hechos, la ley de la *actualidad* siempre está vigente, y lleva consigo su sancion penal, bajo la forma de páginas blancas en el registro de suscritores y de vacío doloroso en la caja.

La razon es fácil averiguarla. El público, cualquiera que sea la clase de él que se examine, no gusta de que le dirijan; tiene mas amor propio del que le suponemos los periodistas, que todos los días nos atribuimos la mision de enseñarle, doctrinarle y amonestarle.—Han leído de un modo que asusta, dice el poeta al director del teatro, en el prólogo del *Fausto* de Goethe; y esto sucedía á últimos del pasado siglo, cuando los periódicos semanales ó quincenales eran pocos y el diario estaba en mantillas; y lo decía un coloso en la ciencia y en el arte de escribir: ¿qué no podrá decirse hoy!

Ese público, sin embargo, reconoce el derecho de dirigirle y enseñarle á una autoridad, el libro: tiene la preocupacion de que presentándole, reunido en pliegos y encuadrado á la holandesa, lo que quizá no merece tanto gasto ni tanto aparato, se adquiere el derecho de retenerle en casa, al amor de la lumbre, una noche entera, cerrada la puerta, bien pertrechada la lámpara y libre la imaginacion para acudir á donde al autor pluguiere llamarla. Supone ¡cándido! que el libro y la ciencia son inseparables; y que porque se le ofrece desleído en quinientas páginas lo que quizas hubiera podido reducirse á veinte, el escritor adquiere derecho á que no se dude de su desinterés, ni de que el fin que le guía es otro mas que el de contribuir al progreso intelectual ó moral, propagando el amor ó el conocimiento de lo verdadero ó lo bello.

El periódico no disfruta el privilegio del silencio, la meditacion y los pies calientes. Léesele á la carrera, á pié, en coche, andando, en conversacion, en el teatro, un momento antes de ponerse á la mesa, al calarse el gorro de dormir. El público dice al periodista: «cógeme si puedes»; y se resiste, y frunce las cejas, y no renuncia á su hostilidad sino despues de viva lucha.

El periodista tiene que valerse para domesticar á ese animal arisco de mil tretas y ardidés. Gerónimo Paturot comenzaba sus revistas literarias preguntando á sus lectoras si conocian á su canario, y concluía sus folletines narrando cómo á través de un muro, en un gran salón desierto, asomaba un brazo asiendo de los pelos una cabeza ensangrentada. ¿De quién era aquella mano? ¿De quién era aquella cabeza? Decía, y proseguía: La conclusion en el número inmediato).

Pues bien: todos los periodistas estamos obligados á

entender, que Dios había creado y la mas digna de que la suerte le halagase con todas sus larguezas.

Llevaba esta feliz pareja algunos años de matrimonio, sin frutos de bendicion, y naturalmente suspiraba por tenerlos, hasta que por fin el cielo oyó sus incesantes súplicas.

Sentados una tarde á la orilla de un pantano, donde el marido se distraía de sus graves negocios pescando cangrejos, la mujer sintió los dolores de la maternidad; y antes que aquel pudiese ir en busca del comadron, dió á luz un engendro miserable que, según trazas, no debía vivir tres horas.

Este ruin aborto cayó, por descuido ó torpeza del autor de sus días, en el pantano; de manera, que real y verdaderamente nació del cieno y en el cieno; del cieno, porque ya se sabe que la criatura humana está formada de él, y en el cieno, porque el del pantano recibió su cuerpo no bien hubo abandonado el seno de la madre.

El lector no me creará (y hará bien, porque el caso es increíble), si le digo que aquel niño, luego que se casó, fué raíz, cepa y tronco de una raza de color verde, pues en el sólo trascurso de catorce años su mujer contribuyó á razon de tres hijos en cada parto, con un contingente de treinta al aumento de la poblacion.

Toda la descendencia de este matrimonio llevaba marcado en su físico el sello de la raquitis, y su aspecto en general, y sus movimientos en particular, tenían algo del aspecto y de los movimientos del reptil; pero se observó que, á manera que la Fortuna le iba prodigando sus dones, su organizacion se modificaba favorablemente: nunca los buenos alimentos, la tranquilidad de espíritu, la gimnasia, el aceite de hígado de bicalao, ni la famosa revalenta arábiga, produjeron resultados mas satisfactorios.

Ignoro qué títulos pudo presentar á la Fortuna la casta de que soy cronista, para merecer sus favores; ignoro si hizo prosperar los sembrados regando el suelo de la patria con el sudor de su rostro ó con su sangre; ignoro si sus individuos se cubrieron de canas prematuras, y paliecieron de los ojos, y de la cabeza, y del corazón, por dedicarse al estudio, y tener la funesta manía de pensar, con el fin de acrecer el caudal de los conocimientos hu-

imitar en algun modo á Gerónimo Paturot; y no por culpa nuestra, sino por la del público distraído y rebelde, que todo lo refiere á sí mismo, y que como Aminta,

Huye, y huyendo quiere que le sigan; lucha, y luchando quiere que le venzan.

El instrumento, aparato ó mecanismo de que el periodista se vale para cazar á ese selvático individuo llamado *lector* es la *actualidad*. Bajo este punto de vista examinado, el escritor mas hñbil tiene mucho de *Bar-num*, el rey del Puff, que anunciaba cada día en carteles colosales alguna obra de caridad de la Jenny Lind para vender mas caras por la noche las localidades de su teatro; ó de los vendedores de drogas y específicos, que se dirigen á la humanidad doliente en altisonantes anuncios y gritan:

—¡No mas calvos!—¡No mas tos! para vender una onza de harina de lentejas ó un frasco de aceite de olivas.

La *actualidad*, como mecanismo literario, pudiera definirse: medio empleado para hacer leer al público un artículo ó una produccion literaria contra su voluntad. Facilita la transicion de lo conocido á lo desconocido, de lo individual á lo general, de lo concreto á lo complejo, de lo trillado á lo nuevo.

Ahora bien: esta ley ineludible para el diario rige igualmente para la Revista. ¿Qué es una Revista? Es la *Crítica* aplicada á todos los ramos de las ciencias y las artes; el compendio ó extracto en treinta páginas de un volumen de quinientas; la ciencia puesta al alcance de todo el mundo. Añádase que la Revista no inicia el movimiento intelectual, sino que le refleja, auxilia y corrige, y tendremos los datos indispensables para examinar el papel de esa clase de publicaciones en la literatura contemporánea, y para apreciar el servicio que á la de nuestra patria pueden prestar las que con los títulos de «Revista de España,» y «Revista Meridional» han dado á luz há poco tiempo sus primeros números, interesantes por las materias que contienen, por los nombres que los autorizan y por la *actualidad* de muchos de sus artículos.

(La conclusion en el número próximo.)

## INFORTUNIOS.

Cuéntase de un gallego miserable, que solo poseía una moneda de cinco duros, que llevaba siempre consigo, y de la que por nada de este mundo ni del otro quería separarse.

Enfermó, y cuando hubo de guardar cama, encerró en su mano derecha la moneda, resuelto á morir ó sanar con ella.

Agravándosele la enfermedad, fué preciso administrarle la Estrema-Union, y cuando el sacerdote quiso imponerle los Santos Oleos, hecha la señal de la cruz en la palma de la mano izquierda, pasó á hacer lo propio en la derecha.

—Abra usted la mano, le dijo el sacerdote con dulzura.

Y el gallego, enseñando el puño, y apretando mas la moneda,

manos, y el bien general, sin perjuicio del propio; ignoro si la defensa del país, de la justicia ó de algunos derechos sagrados, les costó la pérdida de un brazo, de una pierna ó de la libertad, de la libertad, que es las piernas, y los brazos, y la cabeza, y el alma, y casi el todo del hombre; ignoro si sus manos se encallecieron pican-do piedras, barriendo calles, labrando hierro, tejiendo telas, levantando edificios, cosiendo zapatos, adobando pieles; ignoro si su pensamiento fué osado aeronáuta que se atrevió á remontarse por el espacio, para arrancar alguno de sus secretos al infinito y traer á la tierra, para alumbrarla, una chispa de la verdad absoluta, ó bien inmundo reptil que pasó su vida revoloteándose en las cloacas morales y en las tinieblas, y aspirando con fruicion sus mefiticas emanaciones; confieso todas estas ignorancias que, por otra parte, no impiden reconocer el hecho principal, á saber: la prosperidad de los verdaderos. Por lo demás, tenían estos casa para albergarse, cama para dormir, lumbre para calentarse, vestidos para cubrir su desnudez, manjares para alimentarse, libros para leer, teatros para divertirse; nada, en fin, les faltaba para satisfacer sus necesidades y aun sus caprichos. Ufanos y engreídos con estas ventajas, no parecia sino que el resto de sus semejantes hubiera sido creado para su servicio y regalo, asemejándose al raton, que inocentemente se figura que el queso se fabrica para él, como cree el gato que para él existe el raton.

### II.

En un país tan raro, necesariamente habian de ocurrir mil rarezas, lo cual tambien se ve aun en los países donde no se altera, por regla general, el curso ordinario de los sucesos.

Todos los descendientes de los verdaderos se fueron hinchando como sapos. Notáronse en ellos, asimismo, señales positivas de enajenacion mental; aisláronse de los pardillos, esto es, de sus compatriotas, por medio de un cordón sanitario invisible; decían mil desatinos: por ejemplo, que su sangre era azul y su cuerpo de materia distinta que la del resto de los mortales, siendo público y notorio que el fundador de la raza había nacido del cieno y en el cieno; que los demás hombres eran acéiteros con cuyo contacto se manchaban; que todos necesitaban de ellos, y ellos de nadie; algunos andaban en zancos, sólo por diferenciarse de los pardillos, en

## FOLLETIN.

### CUENTOS INVEROSÍMILES.

POR  
D. VENTURA RUIZ AGUILERA.

#### LA OBRA DE TODOS. (I).

##### I.

Los sucesos que voy á referir no han pasado nunca: por consiguiente, es inútil romperse la cabeza en averiguar la época y el país en que ocurrieron. La fábula, fecunda inventora de patrañas, está muda; la tradicion, charlatana que receta dosis homeopáticas de verdad en píldoras voluminosas doradas por la mentira, no os sacará de vuestra ignorancia; la historia es miope, y gracias si ve, calándose las gafas, hechos de bulto, como apoteosis de grandes hombres y tambien de solemnes gazañipiros.

Lo que me propongo contaros, es una vision puramente mental, de las muchas que la excitabilidad de mi sistema nervioso me proporciona.

El teatro, fué mi cerebro; el espectador, mi espíritu.

Érase un matrimonio lo mas desastrado y ordinario que podeis figuraros. Nadie supo jamás de dónde había venido, ni de qué vivía, pues al marido se le pasaba el tiempo mirando las muros, abundantes en aquella comarca, igualmente que en otras de nuestro planeta, y á la mujer encantada en la contemplacion de su consorte, la criatura mas adorable, según su leal saber y

(1) Este cuento es propiedad de su autor, quien hará uso de su derecho contra el que lo reimprima sin su consentimiento.

—Olée por fuera, si quiere, padre cura, contestó, y volvió á la agonía.

Lo mismo sucede con el empresario de cierto teatro de la corte, que ha resuelto morir, teniendo encerrado en la mano derecha, yo no sé si su *amor propio de artista*, á otra moneda de tan baja ley: y que antes se dejará *olear por fuera*, como el gallego, que ceder á la razón y aun á la conveniencia propia en lo que se relaciona con la dirección de su coliseo.

Ya sospecharán ustedes de quién y por qué hablo.

Don Manuel Catalina se ha empeñado en serlo todo para el arte dramático: especie de omnipotencia autoerática de bastidores adentro, y especie de omnipotencia intelectual de bastidores á fuera.

Pase por lo primero, que á las letras y á mi interesa poco, aunque interesa algo; pero por lo segundo, ni se puede ni se debe pasar. ¿Por ventura cree el señor Catalina que le está moralmente permitido, aun á trueque de perder su dinero, maltratar al teatro español en las personas de los poetas y autores dramáticos?

Pues el señor Catalina, si es rico (yo no sé de cierto si lo es, pero lo parece, cuando tan desalentadamente maneja sus intereses), si es rico, repito, lo debe al teatro. mejor dicho, á los autores cuyas obras, por fútiles pretestos ó por una vanidad de inteligencia que no comprendo, rechaza ahora, negándoles la entrada en el templo á donde, por sorpresa, y por debilidad ó indiferencia de la crítica, ha podido él llegar.

El estómago es ingrato, tal vez mas que el corazón, dice un personaje de zarzuela, de una frase traducida de Scribe.

Así se ve que el teatro del Príncipe está concluyendo la temporada con desdichadas traducciones, cuando su director y empresario ha devuelto, no una, sino muchas comedias originales, cien veces mejores que las francesas que representa.

Al mediano éxito de *Mis Susana* ha seguido el éxito malo de *Virtud á prueba*; y como Enrique Gaspar no acuda en auxilio de Catalina con alguna de esas prendas disfrazadas con que ha solido obsequiarnos, yo no sé qué va á ser del escenario del Príncipe.

Pero, ¿qué ha de ser mientras esté en manos de don Manuel?

Y vamos á otro.

Es decir: otro que tal baila. El teatro de la Zarzuela continúa alternando *La varita de virtudes* con *La firma del rey*. Anoche debió representar *No mas ciegos*, zarzuela en un acto.

FIGARO no la vió, pero la verá; porque en la escasez de obras que se observa en los teatros, nada se puede ni se debe desperdiciar.

¿Quién había de decir que al mes escaso de marcharse Arderius con los Bufos y las muchachas de los coros

estatura. Excéntricos en grado sumo, pagaban á peso de oro el pergamino viejo, y á falta de éste el nuevo; sus gestos y actitudes eran olímpicos; y aun algunos de ellos, no teniendo mas talla que cualquiera de los personajes microscópicos que figuran en el *Viaje de Gulliver*, presumían de gigantes, y al atravesar puestos ó arcos altísimos bajaban con gravedad la cabeza para no tropezar, imitando al presuntuoso y ridículo sultan de los gallineros; finalmente, las profesiones y oficios que los pardillos calificaban de útiles y honrosos, les inspiraban lástima y aversión, mas aversión que lástima, y era entre ellos cosa corriente que el ejercerlos rebajaba la dignidad humana.

Esta conducta inexplicable, este desden, este aislamiento, comenzaron por sorprender y afligir á la generalidad de los habitantes, y concluyeron por crear un sentimiento repulsivo que, andando el tiempo, había de hacer incompatibles de todo punto la paz y la armonía entre unos y otros.

Debo decir antes de continuar el relato, que á ello habían contribuido poderosamente las predicaciones de un mancebo, á quien pusieron por nombre Utopio, fundados en que sus doctrinas eran utopías, esto es, doctrinas de imposible realización y perjudiciales á la existencia de aquella sociedad singularísima. Predicaba Utopio, con febril exaltación y fe profunda, la igualdad ante Dios y ante la ley civil, el respeto á la virtud y al trabajo, el amor al prójimo, el cultivo de la ciencia, la poda de las preocupaciones, la abolición de la esclavitud, la pureza de las costumbres; en una palabra, la práctica de la doctrina evangélica, para que todo su país pudiera tener legítimamente el derecho de llamarse cristiano, título hipócrita de que se envanecían muchos, cuyos actos protestaban contra semejante usurpación sacrilega.

Sucedio, pues, que un avaro, verde como una lechuga, encargó á un zapatero pardillo, calzado para su familia. El zapatero abandonó, por complacerle, todo su trabajo, pasando dias y noches dale que le das á la suela, al becerro, á la lesna, al martillo y demás instrumentos y materiales sutoriles. Rematada la obra, fué á llevarse al avaro, quien le dió.... palabra de pagarle al día siguiente, y creyó darle demasiado. No tenia el artesano pan que llevarse á la boca, y todo se le volvió durante un mes ir y

á Portugal, había yo de echarlos de menos en el coliseo del Circo, plaza del Rey?

Al fin, como dice el refrán, vale mas lo malo conocido que lo bueno por conocer, y lo que ha sustituido á los Bufos es peor que malo.

Como que tras de *La vida del hombre malo*, que á la legua está diciendo el título lo que es y lo que vale, se ha puesto en escena *Roberto el Bravo*, melodrama, y traducido, y por Zumel. ¡Cuánto mejor no hubiera sido asistir por mas tiempo á las representaciones de *La isla de los portentos*!

Ultima novedad.

Al teatro de Variedades ha vuelto la compañía francesa que trabajó hace algunos meses con mal éxito.

Yo no pude entonces decir lo que me parecia la *troupe*, porque no estaba de vuelta todavía; pero ahora afirmo que me parece una verdadera *tropa*, con perdon sea dicho del señor D. Rogelio Moreno Rey, el inventor de la semilla del progreso, á quien no gustan mis críticas teatrales.

Los comediantes franceses que nos ha traído de nuevo Mr. Prioleau seguramente han salido de los teatrillos de los *boulevares* de París, en donde habrán trabajado en union de las serpientes de cascabel y de los osos blancos.

FIGARO se propone hablar de ellos despacio.

Los cafés-teatros siguen *ejecutando*. Recomiendo á la hermandad de la Paz y Caridad, para su próxima Memoria, las comedias ajusticiadas en aquellos establecimientos.

En resumen: así como se suele decir el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo, así menudean los golpes de uno en otro coliseo, y de estos en el desventurado arte dramático,

Q. S. G. H.,

que salió ganando horas, yo no sé para dónde.

## VIAJE SENTIMENTAL.

Llegaron á Madrid el Sr. Cabeza de Vaca, á quien ustedes ya conocen, y los mil seiscientos treinta y tres aragoneses, que con él venían de la antigua Coronilla; y no bien el tren se detuvo en la estación, puso mi hombre el pié en tierra, y como tan molido estaba de la carga que encima trajo desde Zaragoza, pensó en echarla de rumboso y tomar un coche de alquiler que le llevase al interior de la villa.

Le halló, en efecto, cosa que no siempre acontece, y gracias á que la mayor parte de sus mil trescientos treinta y tres compañeros de viaje, como gente fornida y vigorosa que eran, echó á andar camino de Madrid, desde la estación, en el que se llama coche de San Francisco, ó sea-se paso tras paso.

Puesto ya el pié en el estribo, detuvo á D. Pascual Bailon la mano del fisco, en forma de un dependiente del resguardo de consumos; quien, señalando á la maleta, le preguntó:

—¿Qué viene ahí dentro?

Cabeza de Vaca hubiera querido responder con cualquiera frase insolente, á la altura de la pregunta; pero

venir á casa de su parroquiano, que vivía á larga distancia de la suya, perdiendo así un tiempo precioso y un par de botas que, á fuerza de paseos, quedaran inservibles.

Por fin, el avaro le entregó varias monedas, de peso, vista y sonido algo sospechosos; pero habiéndolas contado el zapatero, le dijo que aquella no era la suma estipulada: el verdorón repuso que sí, añadiendo que á él nadie le levantaba el gallo, que había mucha diferencia entre personas y personas, que no todos eran iguales, y que si rehusaba las monedas, cargase con el calzado, ó en caso contrario acudiese á los tribunales. Resistíase el zapatero á llevarse la obra, entre otras razones, porque ya había sufrido con el uso gran deterioro, y porque, en último resultado (tal opinión tenía de la justicia) aun triunfando en su demanda, estaba seguro de perder calzado y dinero.

Este hecho fué la chispa que encendió el combustible hacinado de tiempo inmemorial.

Reunieronse los que ejercían oficios mecánicos y ciertas profesiones, y tomaron una resolución desesperada, que fué cruzarse de brazos y dejar correr las cosas.

Poco despues, se presentó en el portal del escamado zapatero un moceton muy tieso y con humos de superioridad, que contrastaban con lo humilde de su clase y lo servil de su librea, exclamando:

—De parte del señor de Ayresvanos, que vaya Vd. á tomarle medida para hacerle un par de botas.

El zapatero rascóse con la lesna el colodrillo, y le respondió bostezando:

—Diga Vd. de mi parte al señor de Ayresvanos, que no me da la real gana de ir á su casa, ni de hacerle las botas.

—¡Hombre!

—No hay mas hombre, ni mas mujer que lo que Vd. oye.

—Mire Vd. que si le digo lo que Vd. ha contestado, se va á irritar de veras.

—Pues que se abanique, ó tome un refresco.

—¡Vamos! no se chancee Vd. El señor está martirizado por los clavos, y quiere unas botas anchas y cómodas.

recordando que las dos iniciales en cobre dorado que campean en la gorra, ó como se llame, de aquellos molestos funcionarios, es representación del gobierno y signo de autoridad, tan solo dijo:

—Ropa de mi uso.

Por cuanto que el buen D. Pascual Bailon, enterado de que en Madrid se adultera el vino, traía una limetilla del de su cosecha, puro como sus intenciones, y, por consiguiente, trascendiendo á bodega que era un primor. Seguramente había dado el tufo en las narices del resguardo, que las suele tener acomodaticias y de ocasion, largas á veces y á veces invisibles, porque el dependiente que interpelló á Cabeza de Vaca, disponiéndose á registrar la muleta,

—Veamos, exclamó, si es verdad lo que Vd. dice.

Topada la limeta, que venia cuidadosamente envuelta entre la ropa, fué declarada de comiso, sin que valiera á mi aragonés jurar y perjurar que ya en el pueblo había pagado el derecho correspondiente, ni aun quererlo abonar segunda vez entonces. Perdió el vino, se oyó apellidar *matutero*, y tuvo por buenas que tocar retirada ante la amenaza de ser *empapelado*, como chuleta, por defraudador de la Hacienda pública.

No quiero decir las reflexiones que á este propósito se hizo D. Pascual Bailon Cabeza de Vaca, mientras el coche le llevaba trabajosamente hasta lo último de la calle Ancha de San Bernardo, una legua poco mas ó menos de la estación del Mediodía; pero ellas serian buenas y profundas, segun que suspiraba, trayendo á su memoria la horra libertad con que viajó por los desiertos arenales de Africa el héroe de su pensamiento, el inolvidable doctor Fergusson.

Detúvose el carruaje á la puerta de una casa, cuyas señas había dado al cochero el Sr. Cabeza de Vaca, y que era la de cierta señora que recibía huéspedes por amistad, y á quien desde S.... venia recomendado eficazmente D. Pascual. Estaba escrito que para el aragonés todo fuesen desventuras. Como echase mano de una peseta con que pagar al cochero, éste con el rostro mas estúpido y mas bonachon del mundo,

—Son dos, señorito, le dijo.

—¿Cómo es eso? saltó Cabeza de Vaca; ¿no se llaman estos chismes *peseteros*?

—Una peseta cuesta la carrera, contestó el cochero, siempre sonriendo, pero Vd. tuvome una hora por aquello del vino de contrabando.

Puso el grito en el cielo D. Pascual, y los piés en la tierra el del coche; y los dos se hubieran puesto las manos encima y el escándalo en el barrio, si á tiempo no terció en la cuestión un agente del municipio, que obligó á Cabeza de Vaca á que pagase ocho reales por el alquiler del carruaje; y no fué poca fortuna que la cosa no pasó á mayores, y no hubo cita, ni juicio de faltas, ni multa, ni todo lo demás que lleva consigo un desliz cualquiera en materias de policía municipal.

Ya en el cuarto segundo de la casa D. Pascual Bailon, salió á recibirle una..... señora se llamaba, y se llama todavía ella misma, como de treinta y cuatro á treinta y seis años,

alta de pechos, de ademan brioso,

no mal parecida de rostro, con ojos movedizos y agradables, lengua activa y manos inquietas.

Como se hubo enterado de la recomendación de Cabeza de Vaca, doña Facunda, así se apellidaba,

—Entienda Vd., caballero, le dijo, que esta no es casa de huéspedes, ni yo quiero recibirlos, sino es por amistad y como Vd. viene. Que aqui está «La Correspondencia», en donde un amiguito me anuncia de vez en cuando de la siguiente manera: «Una señora joven y sola admitirá á uno ó dos caballeros para todo servicio, ó solo para dormir. No es casa de huéspedes.» Tengo ahora á un estudiante de farmacia, á un empleado en el Tribunal de Cuentas, á un propietario de la Mancha, que es el mejor de todos, y á un sobrino del chantre de la catedral de Coria, que se

—Acuda Vd. á un callista que le arregle los piés; no seria malo que de paso le arreglase tambien la cabeza.

Como viese el lacayo que el artesano se mantenía en sus trece, recorrió otras muchas zapaterías; inútilmente: en todas le daban, con corta diferencia, la misma respuesta.

El señor de Ayresvanos trino, como un canario; bufó, como un buey; juró, como un carretero; pateó, como un chiquillo mal educado; no obstante, como los clavos le hacían ver las estrellas con sus punzadas, dijo al lacayo que fuese á llamar al callista.

Hízolo así, pero el callista le aconsejó que acudiese su amo en persona á la tienda, y le arreglaria los piés, siempre que por la extracción de cada clavo le diese noventa y cinco mil duros.

Hé aquí el corolario de tales premisas.

A los quince dias, casi todos los verdorones andaban descalzos de pié y pierna, porque los calceteros habían seguido el ejemplo de los zapateros.

Llamaba un verdorón á la partera para que asistiese á su amada esposa, y la partera respondia que esperase la paciente hasta que ella estuviese de humor de ir á ayudarla en su mal paso; y no iba.

Los tahoneros no amasaban, los cazadores no cazaban, los carnívoros se negaban á despachar carne; nadie queria servir á ningún amo, y se llenaban de basura las calles, pues no se encontraba un barrendero por un ojo de la cara.

Los verdorones gritaban:

—¡Qué desvergüenza! ¡Qué escándalo! ¡Qué desorden!

Los pardillos respondian:

—¿Tienen Vds. mas que servirse por sí propios?

Como nadie cuidase tampoco del alumbrado, las poblaciones estaban de noche negras como boca de lobo; los rateros hacían de las suyas, y había cada garrotazo y cada asesinato que cantaba el misterio.

Los muertos quedaban insepultos, por falta de enterradores. En los campos, no se veía un labrador, y la tierra, en vez de flores, de plantas útiles y de frutos, producía solamente abrojos.

En fin, aquella comarca era una desdicha. Los pardillos comenzaron por vengarse de los verdorones, y concluyeron por no auxiliarse ellos mismos entre sí.

(Se continuará.)

está preparando para no sé qué oposiciones á cierto curato ó beneficio simple, aunque á mí se me figura que él ya lo es, y que viene del bobo de aquella ciudad. Si usted quiere, señor de Vaca.....

—Cabeza de Vaca, interrumpió D. Pascual Bailon.

—Lo mismo da. Si Vd. quiere, puede quedarse: y como ahora le convendrá descansar, puede hacerlo en la cama del estudiante de farmacia, que se ha marchado temprano esta mañana.

Don Pascual Bailon torció el gesto á la relacion de doña Facunda: habíase figurado que las casas de huéspedes habrían hecho en veinte años progresos rápidos en limpieza, economía y buen servicio; sospechaba que aquella en que pidió posada no correspondía ni remotamente á sus esperanzas, y un nuevo desencanto comenzó á dibujarse en el ya poco sereno horizonte del hidalgo aragonés.

—Todo sea por Dios, dijo para sí. Al cabo, esta señora lo afirma; aunque recibe á cinco caballeros para todo servicio ó solo para dormir, la casa no es de huéspedes, y esta debe de ser una ventaja cuando tanto la pregona.

Y pensando en *les hotels garnis* que él había leído que existían en París y en otras capitales, aceptó la cama del futuro boticario, y sin reparar en ella, buscó el descanso que habían menester sus doloridos miembros, no sin antes escuchar á doña Facunda, que con estremada dulzura le decía:

—Si necesita Vd. algo, señor de Vaca.....

—Cabeza de Vaca, señora, interrumpió D. Pascual Bailon.

—Déjeme Vd. que diga lo que quiera, y no me sea *guason*; si necesita Vd. algo, no tiene mas que tirar del cordón de la campanilla, y aquí me tendrá Vd. en seguida. Sin reparo, Vaca; ¿oye Vd.? sin reparo.

Mi hidalgo se durmió; él no supo si por mucho ó poco tiempo: solo sí que le despertó un olor acre, punzante, que le subía hasta el cerebro, y que le hubiera vuelto loco, á no precipitarse rápidamente de la cama, y abrir de par en par una ventana que había en la habitación y daba al patio.

Ya nos dirá él mismo de donde aquel olor provenía.

## DICHOS Y HECHOS.

### Gran noticia:

Ayer tarde hubo otra corridita de toros, y es la cuarta de la temporada. No faltaron como había de faltar la salsa del espectáculo nacional? trompazos, hocicadas, embroques, revolcones y caballos muertos. La civilización triunfa en todas partes.

Los diarios *neos* entonan himnos de alabanza á los pasados, presentes y futuros *amateurs* del toreo fino, y del basto, y de todos los toleos conocidos.

Ayer se supo en Madrid que el rey de Abisinia, Theodoros, con quien estaba en guerra la Gran Bretaña, se ha pegado un tiro, saltándose la tapa de los sesos.

¡Qué bárbaro! dicen los mas.

Problema, dice FIGARO. ¿Quién es mas bárbaro: el ex-rey Theodoros, ó un defensor del espectáculo nacional español?

Cuando se proclamó la Constitución en 1820, era alcalde en el inmediato pueblo del Pardo un panadero, de los que llaman *hombres leídos y escritos*.

Pues como quisiera producir efecto sobre sus conciudadanos al descubrir la lámpara constitucional, que estaba tapada con un lienzo, convocó á todo el mundo en la plaza, encaramóse por una escalera de mano, tiró del lienzo, y cuando quedó al descubierto la inscripción,

—Pueblo del Pardo, gritó con toda la fuerza de sus pulmones, aquí tienes el geroglífico de la ley.

Los periódicos *neos* que defienden las corridas de toros debían hacer con un cartel de toros lo mismo que el panadero del Pardo con la piedra de la Constitución.

—Pueblo español, gritarian, aquí tienes el geroglífico de tu civilización.

Gracias que ahora no tenemos carreras de caballos, porque si no, es seguro que los diarios monárquicos las habrían elegido para defender los toros y toreros.

Sin embargo, las carreras de caballos, cuando se las despoja de incidentes que para nada sirven mas que para poner en peligro la vida de los ginetes, son una cosa buena, que influye no poco en la mejora de la raza caballar.

Por eso vemos con gusto que en Sevilla, residencia de los duques de Montpensier, ha habido, estimuladas por SS. AA., que las honraron con su presencia y dieron varias halajas para premios, unas carreras muy animadas entre caballos españoles y extranjeros.

La aristocracia madrileña, ¿se dejará eclipsar por la de las provincias?

Contra las carreras de caballos y los ejercicios gimnásticos no se puede alegar mas que algunos abusos fáciles de corregir.

Proponed á los partidarios de las corridas de toros la supresion de los saltos de vallas, fosos y pantanos, y la de los ejercicios ejecutados á una altura peligrosa, á cambio de las bolas puestas en los cuernos de los toros, y ya vereis cómo no acuden á ello, y continúan exclamando:

—Las corridas de toros son un espectáculo mas digno que esos otros, importados del extranjero.

En qué consiste esa *dignidad*, eso no os lo sabrán decir; pero bien se comprende que se refieren al riesgo mismo y á la sangre derramada que hacen tan repugnante la llamada *fiesta nacional*.

Las disposiciones que de tiempo en tiempo adopta la autoridad municipal para contener la reventa de billetes de los espectáculos públicos, recuerdan en algun modo el discurrir por el maestro de escuela de D. Alfonso Coronel, de quien Quedo habla en el Buscon, el cual consistía en azotar á su criado Pablitos cuando el señorito no se sabía la lección.

A despecho de la economía política, de la libertad de cambios y de la de contratación, creemos que la autoridad puede y debe evitar la reventa de billetes de espectáculos, que no tiene utilidad ninguna para el público, y sí mucha para medio centenar de vagos que en ellas se emplean.

Pero en esa reventa tienen mas parte las empresas que los revendedores: ¿por qué, pues, entregar á estos á las iras de la policía municipal, dejándolo á las primeras en libertad de discurrir nuevos medios de convertir en nominales los precios que fijan en los carteles?

*Dat veniam corbis, vixit censura columbas.*

Entiéndase que no queremos llamar *palomos* á los revendedores; antes encontramos muy en su lugar que se los contenga; aunque seguimos dudando de la eficacia de los medios empleados para ello.

Los periódicos ingleses vienen aterrados de la ferocidad que en aquel país está mostrando el sexo unas veces llamado *bello*, otras *amable* y otras *tímido*.

La mujer ha declarado allí la guerra al niño.

Se limpian los estanques de Regents-Park, sitio cercado de aristocráticas moradas, y en el fondo se hallan multitud de cadáveres ó esqueletos de niños recién nacidos.

Una señora pide á su vecina que la deje llevar á su hijo por cinco ó seis días á su casa, y los emplea en atormentarle, metiéndole en una tinaja de agua fría y saándole las carnes con una regla de metal.

Otra mujer *tuesta* á un niño en una cacerola.

Otra le *cucea*.

Leyendo los periódicos ingleses de estos días, parece que el uso natural de las cacerolas y sartenes en aquel país no es otro que el de preparar para la mesa los niños cocidos ó asados.

Uno de esos diarios recuerda que Rafael ha pintado á la serpiente, en el cuadro de Adán y Eva en el Paraíso, con cabeza de mujer.

Mujer sí, pero rubia. Eva la llamaba Milady.

—¡Adios, Juana!

—¡Adios, Tomasa!

—¿Qué es de tí, mujer? ¿Qué te haces?

—*Figurar*.

—¿En dónde figuras?

—En *La varita de virtudes*.

—¡Calla! ¿Haces de virtud?

—No, mujer.

—¡Ya decía yo....!

En el teatro de Novedades está haciendo ahora *El Trovador* D. Juan de Alba.

Alba se ha propuesto martirizar á todo el género humano: ayer á los polacos; hoy á D. Antonio García Gutierrez. Si yo fuese de este último, lléveme el diablo de los barberos, que debe de ser un diablo muy hablador, si no decía, cualquiera de estas noches, á D. Juan de Alba:

Trovador, no me insulteis  
si en algo el vivir teneis.

D. Simon Rivas, á quien todo el mundo conoce en Madrid, primeramente porque es rico, y despues porque es propietario d 1 circo ecuestre del Príncipe Alfonso, ha anunciado ya la apertura de aquel lugar de recreo veraniego.

En la lista de la compañía mimico-hípico-acrobático-funambulesca figuran, entre hombres y caballos, unos cien individuos de todas las razas y todas las procedencias conocidas.

FIGARO se promete larga diversion, y ofrece aplaudir á la Clara Rasch, de quien ya se ha prendado como un barbero sentimental.

El *rendez vous* (*rendiré* se decía ya en mis primeros tiempos) de la buena sociedad madrileña, en el circo del Príncipe Alfonso, será, como en el año pasado, los lunes.

No faltará.

En Albacete se publica un periódico llamado *El Farol*. En su último número dice lo que sigue:

«FIGARO periódico crítico festivo que se publica en Madrid, ha visitado á *El Farol*.

Chiste, gracia, buen decir y una picardía que seduce, constituyen su estilo-facilísimo.

Saludamos al colega y con el mayor placer le seguiremos visitando, no solo por urbanidad, si no tambien por robarle algo de su buen humor y desentado en echar añadidos á los calvos—que no faltan,—afeitar pelones—que bien sobran,—y rizar y cortar á la moda las necesidades del prógimo.»

Me gusta *El Farol*: solo siento que los calvos á quienes alude el colega han de llamarle *farolero* por meterse á echarles añadidos.

Ha encontrado FIGARO en un periódico de los Estados-Unidos el retrato de un Sr. Benjamin Franklin Wade, candidato ó pretendiente, al parecer, á la presidencia de aquella república, y no puede menos de ponerle á la vista de sus parroquianos.

El Sr. Wade es hombre de cinco pies y otras tantas pulgadas, es decir, mas de *quintipiedo* (perdonen Vds. la palabra, cuya originalidad reclamo). Es ancho de espaldas y mal formado. Sus brazos, que por codos tienen nudos muy gruesos, son casi tan largos como los de Lincoln. Tambien grandes y gruesas sus manos, parecen á las de un cavador. Entre las falanges de sus dedos crecen espesos matorrales cerdosos, señal evidente de

mucha fuerza. El Sr. Wade se muerde las uñas, lo que en él es signo de graves preocupaciones.

Una sola vez, por casualidad, ha querido comprar guantes, pero no los encontró de su medida en Washington. Como el señor Wade padece de sabañones y grietas en las manos, durante el invierno lleva mitones de lana. La cadena de su reloj es un cable; por dijes lleva colgando una sierra y una azada, que le recuerdan incesantemente los hermosos días de su juventud. Pesa 171 libras sin zapatos, y 181 cuando se calza sus botas de cuero del Ohio. Muchas veces, durante el invierno, los rellena de paja.

Por último, no cesa un minuto de mascar tabaco.

Si esto es un Benjamin en los Estados-Unidos, díganme ustedes qué será un niño mayorcito.

El que quiera ganarse ocho mil reales de vellón y doscientos ejemplares de su propia obra, no tiene mas que ponerse á trabajar en una Memoria con el lema siguiente:

«Límites que deben separar en el órden político, económico y administrativo la intervencion del Estado y la accion individual.»

Concluida la obra, se coje, se mete en una carpeta bien cerrada; se pone encima de ella una leyenda, y en otro pliego aparte la misma leyenda. Entonces se lleva, antes del 31 de diciembre del año actual, al secretario de la real academia de Ciencias morales y políticas, y se cruza uno de brazos esperando el resultado.

Si es bueno, se pescan los cuatrocientos duros, y á vivir. Si es malo, se echa uno por esas calles de Dios diciendo desvergüenzas acerca de la parcialidad y el compadrazgo de la academia, y se queda uno tan fresco.

Despues de todo, con la Memoria en cuestion, buena ó mala, sucederá como con los preceptos de la vigilia que la Iglesia pone en los calendarios.

Allí dice: *no se puede comer carne*; y hay quien la devora ¡impro! á dos carrillos.

En Barcelona van á tener lugar unos juegos florales á que asistirán muchos poetas y gente de letras.

Como dice un colega mio de la capital del Principado, se encuentra ya allí DON Guillermo Wise Bonaparte, y se espera á varios escritores provenzales y castellanos.

Esto nada tiene de particular: lo estraño es que tambien se espera al célebre Mistral, ó viento solano, que por esta vez no marchará en direccion de Sur á Norte, como es natural, sino al contrario.

¡Qué cosas tienen los catalanes!

A última hora se sabe que el Mistral aguardado con impaciencia en Barcelona no es viento, ni menos pensarlo, sino un señor muy apreciable que ha escrito un bellissimo poema provenzal titulado *Mireio*.

FIGARO saluda á Mistral, y á todos los cantores de la Provenza que honran nuestra patria con su presencia.

Otro abuso de confianza va á consentirse FIGARO en la sesion de hoy.

A su compañero y amigo «Gil Blas» le ha ocurrido la siguiente quintilla, despues de decir que los hermanos Catalina (los actores) van á Barcelona á pasar el verano y hacérselo pasar peor á los barceloneses.

«¿Hasta cuándo, iras divinas,  
Vais á enviar sopapinas  
A esas provincias hermanas?  
¿Qué dirán las catalanas  
Al ver á los Catalinas?»

Trabajo mando á los catalanes, y paciencia, que es mas.

En Valladolid hay un poeta.

Este poeta ha escrito un monólogo.

Lo ha escrito espresamente para representarlo él mismo.

Y para lucir en él las dotes de actor que, pródiga en demasia, le concedió naturaleza.

Y de tal monólogo copia FIGARO el siguiente pedazo:

«Redoble de atabales; despues pregon.

«Esta es la justicia que manda hacer S. M. y su condestable y los gobernadores en su nombre á estos caballeros, mandándolos degollar por traidores, y alborotadores de pueblos, y usurpadores de la corona real. Quien tal hizo, que tal pague.»

¡Ya van á morir los dos!....

no por traidores; es falso.

muy pronto irá yo en su pos.....

esperadme en el cadalso....

Grito general del pueblo en las afueras.

¡Misericordia de Dios!....

Padilla cae de hinojos.—(Pausa.)

¡Mártires de la ley, héroes de gloria,

dormid en paz!.... Las almas inmortales,

de aroma y luz en nube giratoria

vuelan á las mansiones celestiales;

yo la veo, cual flámula ilusoria,

y al compás de las arpas eternas,

con blancas vestes y flagrantés salas

al sol perderse en las eteras alas.

Dormid en paz!.... mis ínclitos hermanos,

y á Dios rogad por mí en la sacra altura!....

¡Ay patria maltratada por tiranos!....

¡Ay pueblos españoles sin ventura!....

Se abre la puerta del fondo, y en ella aparecen un fraile y un verdugo; aquel con el hacha, este con el Crucifijo.—Las campanas doblan á lo lejos, etc., etc.

¡Ay héroes maltratados por malos poetas! ¡Ay pueblos españoles que los sufrís! ¿*Quousque tandem?*....

Pero, Señor, ¿para qué está ahí ese verdugo?

MADRID, 1868.—Editor responsable, D. Antonio Andrés Babi.—Imprenta del mismo, Travesía de la Ballesta, núm. 7, bajo.